

## La luz en el ojo de la tormenta

Jueves, 5 de marzo

Mi querida:

Con el corazón en mis manos, te escribo esta carta. No desde que te vi, pero a partir del momento en el que te conocí de verdad, he sentido un ardor crecer en mí cada día. Puede sonar intimidante, a mí me costó aceptarlo, pero el amor que siento por ti no se puede ignorar. Te quiero y con eso es suficiente, si me recíprocas me harías aún más feliz, pero de por sí, en el momento que descubrí mis sentimientos por ti, y hasta ahora, he estado rebotando de alegría.

Si me preguntas ¿por qué?, no te podría responder, puedo describir tu belleza, o tus infinitos talentos, o aquellos pequeños hábitos que suelen ser desapercibidos. Sin embargo, no te quiero por eso, mi amor surge de algo más, algo inexplicable que nació mucho antes de que me diera cuenta, y para cuando lo hice ya había crecido y prosperaba dentro de mí.

No quiero que me malinterpretes, estos sentimientos no son una carga o un problema. Lo que siento es algo maravilloso que me ha hecho sentir en el cielo sin ser el receptor de tales emociones.

Mi amor es uno apasionado, pero eso no lo hace ruidoso, es una melodía suave que me ha acompañado durante años sin saberlo. Y es por eso que no me delatara, esta anonimidad no afecta mis emociones, ni tampoco tu falta de respuesta, ya que estos me permiten seguir gozando del privilegio de este amor. En el caso de revelar mi identidad, estaría en riesgo de ser rechazado, y eso es lo que más me dolería, tu odio. Con admirarte de lejos o de cerca, con ser capaz de verte prosperar y ser feliz, es más que suficiente, no solo me deja amarte, sino que me impulsa, además, a adorarte más. Al fin y al cabo, es la esperanza de cumplir un sueño lo que hace la vida bella.

Lamento mi cobardía. Atte.

Anónimo

El papel sonó al rozar con el metal de las rendijas del locker, y este sonido retumbó en el vacío pasadizo. Los únicos presentes ese día en el colegio eran unos profesores organizando los próximos primeros días de clase, y la hija de uno de ellos, parada frente a las cajas de metal. Esos largos caminos se llenarían en tres días más, pero hasta entonces el silencio era tranquilo, y nuestra protagonista se sentía realizada. Dejar el mensaje antes de que comenzara el colegio mantendría su anonimidad, y eso era todo lo que quería.

Tal fue su tranquilidad que la próxima vez que recordó la existencia de aquella carta, fue durante el primer día. Al caminar frente al locker cuya ubicación sabía

mejor que cualquiera, incluso el suyo, escuchó los murmullos de un amor secreto. Su paso no aceleró, ni su corazón se paró, pero no pudo evitar el color llegando a sus mejillas, se sentía orgullosa, tanto de sus sentimientos como de su plan.

La carta empezó a circular dentro del colegio, el papel se había fotocopiado, fotografiado, copiado e incluso, según lo que había escuchado, alguien había citado su trabajo en un ensayo de filosofía.

Dio la coincidencia que ese año empezó a compartir más clases con “su querida” y con cada día su amor crecía un poco más, junto a su cercanía con ella. Llegó a tal punto que por primera vez la esperanza de que ella quizás sintiera lo mismo se volvió más que una fantasía, y con eso llegó la ilusión. Dejar la carta en anonimato había sido una movida táctica, no solo para no ser rechazada, también para que sus sentimientos no se salieran de control. En el momento en el que vio un poco de oportunidades en sus sueños la caja se abrió y la melodía pasó a ser un desastre. No la podía mirar a los ojos, ya no era suficiente con mirarla de lejos, tenía que estar a su lado, hablándole, pero no podía hablar con ella porque no le salían las palabras. Sentía la necesidad de declararse, de exponer su alma por completo, y ya lo hubiera hecho si no fuera por los inconvenientes de reconocer una carta de amor tan conocida en su escuela. Afectaría tanto a ella misma como a la receptora de la gran carta y esta ya les había causado suficientes problemas a las dos.

Pasaron las semanas y su frustración no disminuyó, sin embargo tampoco era miserable, había cierta diversión en buscar su amor, eso no lo podía negar, pero la impracticidad de esta la que acababa con su delicado balance.

Pero como toda historia, o cualquier carta, su dilema llegó a su fin. Dos meses luego del inicio de clases, en la fiesta de cumpleaños de uno de sus compañeros, mientras el viento bailaba en la terraza, se acercaron unos pasos muy característicos como para no reconocer, y sonrió inconscientemente. En la vaga oscuridad de la noche se encontraron nuevamente y lo único que se le ocurrió para iniciar una conversación fue preguntarle por la carta, su querida sonrió levemente y le preguntó con suavidad si ella la había escrito. El silencio de su parte fue la respuesta. “No fuiste exactamente sutil”, dijo, mientras la sonrisa persistía. En ese momento el desastre y lo que quedaba de la melodía se calló. El ojo de la tormenta era un lugar callado, y perfecto, y en el centro de este una pequeña esfera de luz, una promesa, una oportunidad, una esperanza de un sueño, por primera vez, alcanzable. Instintivamente se acercó a esta y fue en el momento que la tocó, que explotó en millones de colores, el rojo de sus mejillas, el amarillo del sol, el azul de su vestido, el marrón de sus ojos, y el calor de sus labios.